

Dorothea Lange, el Nuevo Trato de FDR y la fotografía como herramienta política

M. Graciela Abarca

En los Estados Unidos de los años veinte, “el poder persuasivo de la cámara”, afirma Miles Orvell, “contribuyó a establecer la credibilidad del mundo perfecto de los objetos de consumo que se publicitaban”, ya que los presentaba totalmente separados del “mundo real del polvo, la grasa y las cuentas bancarias”. Sin embargo, a principios de la década de 1930, a medida que la depresión económica se profundizaba, las diferencias entre el mundo soñado de la publicidad y el mundo real más allá de las revistas y de los carteles se volvieron penosamente obvias. Gradualmente, la cámara fotográfica se alejó de las situaciones idealizadas de los estudios y penetró en la realidad de la vida urbana y rural. La crisis económica conmovió a un gran número de creativos que optó por lanzarse de lleno a la búsqueda de “lo real” y así “documentar” el desastre económico del país.

En 1933, la fotógrafa de retratos Dorothea Lange (1895-1965), dejó su estudio de San Francisco por primera vez y se aventuró a las calles de la ciudad para retratar a hombres y mujeres atrapados en el desempleo masivo y la pobreza. Dos años más tarde, Lange se incorporaba a la sección fotográfica de la Dirección Nacional de Recolonización (Resettlement Administration), que luego pasaría a llamarse Dirección Nacional de Seguridad Agropecuaria (Farm Security Administration), creada por el Nuevo Trato de Franklin D. Roosevelt. Hasta 1939, Lange formó parte de un equipo de fotógrafos que abandonaron sus carreras profesionales para dedicarse a un proyecto colectivo por la justicia social. En 1942, pocos meses después del ataque japonés a Pearl Harbor, el gobierno federal la convocó nuevamente: Lange tendría la tarea de registrar el traslado de 120.000 estadounidenses de descendencia japonesa a los denominados “campos de reubicación”. Este sería el gran desafío de su vida profesional: “documentar” un programa de la Administración Roosevelt al que se oponía rotundamente.

Originalmente, la capacidad de la cámara para replicar lo que los ojos ven parecía indicar que era la herramienta documental por excelencia. Muchos fotógrafos se autoconvencieron de que la fotografía, como afirmaba Walker Evans, era “un registro riguroso...de la realidad intacta”. Lange nunca se jactó de la representación exacta en su fotografía. A menudo repetía la siguiente frase: “Una cámara es una herramienta para aprender a ver sin una cámara”. Su fotografía ofrecía belleza a la vez que hacía un llamado a la empatía. Por otro lado, se sentía cómoda recibiendo un salario del gobierno federal por una tarea cuyo objetivo era atraer la atención del público hacia las condiciones socio-económicas de las zonas rurales durante la Gran Depresión. Su misión era, además, presentar a las víctimas como ciudadanos merecedores de ayuda federal y capaces de aprovecharla.

Sin embargo, el ataque japonés a Pearl Harbor transformaría dicha misión y confrontaría a Lange con un dilema moral. A pesar de que algunos insistían que no existía una necesidad militar, ni evidencia de sabotajes planeados, ni peligro de una inminente invasión, el 19 de febrero de 1942, el Presidente Roosevelt firmó la Orden Ejecutiva 9066 que permitió el traslado masivo de 120.000 personas de descendencia japonesa y residentes de la Costa Oeste a 10 campos de detención en siete estados: California, Wyoming, Idaho, Utah, Arizona, Colorado y Arkansas. Para sorpresa de Lange, el Comando de Defensa Occidental del Ejército de los EE.UU. la convocó para documentar la implementación de la Orden Ejecutiva 9066. Si bien Lange rechazaba la medida, también sentía que el registro fotográfico podría contribuir a humanizar el proceso. Por otro lado, los responsables de la Autoridad de Reubicación de Guerra (War Relocation Authority) probablemente pensaron que las fotografías podrían protegerlos de acusaciones falsas de maltrato o supuestas violaciones de la Ley Internacional. Sin embargo, no se dieron cuenta de que corrían el riesgo de que las fotografías de Lange precisamente confirmaran que tales acusaciones eran verdad.

Si consideramos el clima político de la época, la crítica de Lange es particularmente notable. En 1942, después del ataque a Pearl Harbor, existía una histeria generalizada frente a la posibilidad de ataques japoneses en la Costa Oeste, exacerbada por un siglo de racismo contra los asiáticos. En consecuencia, estereotipos raciales humillantes saturaban la cultura consumida por la sociedad estadounidense. A pesar de su lealtad manifiesta al presidente Roosevelt, Lange no dudó en adoptar una posición polémica para la época y abordó la tarea con inusual intensidad. Trabajó bajo la presión de la censura que las autoridades le imponían, supuestamente, en nombre de la seguridad nacional, pero que en realidad apuntaba a evitar imágenes poco halagüeñas. Tenía prohibido incluir en sus fotos torres de control, alambres de púa, guardias armados o cualquier situación que sugiriera resistencia por parte de los internos. Esquivar la censura de las autoridades no iba a ser una tarea sencilla, pero Lange tenía una estrategia clara.

El primer paso fue apresurarse a fotografiar a los japoneses antes de la evacuación para ubicarlos en el contexto de la sociedad y economía californianas y así establecer claramente su “condición de estadounidenses”. Las imágenes resaltaban la respetabilidad, la ética de trabajo, los logros económicos y la realización del “sueño americano” de habitantes que ahora eran tratados como criminales. Retrató niños que leían comics; alumnos que saludaban solemnemente a la bandera de los EE.UU.; pequeños que jugaban al baseball; adolescentes japoneses vestidos a la moda; jóvenes vistiendo el uniforme del Ejército de los EE.UU. Las leyendas que agregaba a las fotos también reforzaban el mensaje que intentaba transmitir. Por ejemplo, un retrato de Ryohitsu Shibuya tomado en Mountain View, California, es acompañado por las siguientes palabras “exitoso productor de crisantemos, que llegó al país con 60 dólares y una canasta de ropa...Los horticultores y otros evacuados de descendencia japonesa tendrán la oportunidad de ejercer su oficio en los centros de la Autoridad de Reubicación de Guerra donde permanecerán”. ¿Realmente creía que esto iba a suceder? ¿O al incluir esta promesa estaba presionando al gobierno para que la mantuviera? Quizás Lange supuso que los censores escrudiñarían tanto las imágenes como las palabras, por

lo tanto intentaría complacerlos, utilizando el lenguaje y las promesas del propio gobierno con respecto a los campos de detención.

Documentar el proceso de evacuación fue el segundo desafío para Lange. Tomó fotos de órdenes de registro y evacuación pegadas en paredes y postes; familias enteras etiquetadas; ventas de garaje apresuradas; filas de gente con maletas esperando para subir a autobuses o trenes. Retrató el “proceso de procesar”: los evacuados eran registrados, numerados, etiquetados, categorizados, transportados, segregados, inspeccionados y vigilados. No sólo les robaban sus granjas, educación, negocios y empleos, sino también sus identidades personales. Lange retrató fila tras fila y barraca tras barraca, intercalándolas con símbolos de la creatividad e ingenio de los internos en los campos de detención.

En una tercera etapa, se trasladó a un “centro de reunión temporario” establecido en el Hipódromo Taforan de San Bruno, California. Los centros de reunión temporarios constituían una parada previa al destino definitivo en los campos de detención. Retrató los establos transformados en habitaciones; el polvo y la sequía; la falta de limpieza y ventilación; la cuidadosa inspección del equipaje; las largas filas para recibir comidas tres veces al día. Su mirada también se posó sobre los evacuados mayores que, al igual que el resto, esperaban pacientemente. En un intento por “humanizar” la escena y esquivar la censura, Lange agregó la siguiente leyenda: “Estos evacuados mayores han sido registrados y están descansando antes de ser asignados a las barracas. La etiqueta grande de la mujer a la derecha indica consideración especial por edad o enfermedad”. Al mostrar la calma de las familias japonesas en condiciones tan deshumanizantes, las fotografías denuncian una política injustificada, innecesaria y racista.

La última parada fue el campo de detención de Manzanar, ubicado al este de Sierra Nevada, en un clima extremo. La geografía constituía las paredes de esta prisión californiana: la única que Lange llegaría a visitar antes de que su tarea fuera interrumpida por el Ejército. La disciplina impuesta en los campos perturbó profundamente la rutina familiar de los detenidos: les quitó privacidad y alteró el ritual japonés de las comidas. Algunos hombres cayeron en depresiones al perder sus actividades laborales y su rol como sostén de familia; otros trataron de refugiarse en la jardinería, la carpintería y las artes para recuperar la energía perdida. Lange se dedicó a registrar estos esfuerzos de los detenidos por crear un ambiente “civilizado”. Cada foto era un claro reflejo de su preocupación por la supervivencia de la dignidad humana bajo circunstancias imposibles.

El Comandante del Ejército de los EE.UU. Beasley pondría fin a la tarea de Lange con la palabra “incautada” sobre un número de sus fotografías. Se le solicitó que entregara todos los materiales: las copias, los negativos y el film sin revelar, y que firmara una declaración jurada. Su registro fotográfico nunca sería publicado y al concluir la guerra fue trasladado a los Archivos Nacionales. A pesar de todo, el proyecto de Lange no fue totalmente ingrato; recibió un cálido reconocimiento a nivel personal, ya que muchos internos se dieron cuenta de lo que estaba haciendo y se lo agradecieron después de la liberación.

Pasaron más de veinte años antes de que Lange pudiera ver las fotos que había tomado. En 1964, visitó los Archivos Nacionales para acceder a la colección. Suponía que su

trabajo no había sido de calidad, dada las difíciles circunstancias en las que había trabajado. Sin embargo, le reconfortó descubrirlas: "...Dios, cómo había trabajado...algunas son hermosas, algunas de las fotos son realmente convincentes..." Lange creía que cuando se cumplieran los 25 años de la Orden Ejecutiva 9066, debía realizarse un documental televisivo que, en sus palabras, abordara las siguientes preguntas: "¿Esto es lo que hicimos? ¿Cómo sucedió? ¿Cómo pudimos hacerlo?" Desafortunadamente, murió en 1965, dos años antes del aniversario de la infame decisión del Ejecutivo.

Ni la fotografía ni la historia simplemente informan acerca de los hechos. Los historiadores y los fotógrafos eligen qué incluir y qué excluir en las fotos que toman, encuadran a sus sujetos de tal manera que les permitan revelar, enfatizar, relacionar o separar diferentes elementos y utilizan técnicas interpretativas. Algunos argumentarán que los historiadores y los documentalistas no deberían promover sus opiniones, pero se asume erróneamente que es posible evitar hacerlo. La historia y la fotografía documental necesariamente proceden de un cierto punto de vista. Las decisiones que Lange tomó al encuadrar sus fotos no son tan diferentes de las decisiones que toman los historiadores al escribir sus libros. A pesar de los años registrando el sufrimiento causado por la Gran Depresión y brindando su apoyo al Nuevo Trato de FDR, Lange no dudó en documentar el daño provocado por el gobierno federal como resultado de una decisión que consideraba injusta y racista.

La Segunda Guerra Mundial fue intensamente documentada por fotoperiodistas, cuyos registros de los sacrificios y el heroísmo de los hombres y mujeres estadounidenses contribuyeron a moldear la memoria popular de este conflicto como "la buena guerra". Si bien Lange estaba convencida de que la guerra era honorable y necesaria, sus fotografías definitivamente han matizado este veredicto y le han planteado a los estadounidenses la necesidad de desarrollar un pensamiento más crítico y complejo acerca de la política exterior y el racismo en los Estados Unidos durante la nostálgicamente recordada "buena guerra".

Sobre la autora

Graciela Abarca es profesora de Historia de los Estados Unidos en el Departamento de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella en grado y posgrado. Obtuvo su doctorado en Historia en la University of Massachusetts, Amherst, Massachusetts, U.S.A. Es profesora de historia en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Austral, entre otras casas de estudios. Ha realizado la coordinación editorial *De Sur a Norte: Perspectivas Sudamericanas sobre Estados Unidos. Los Estados Unidos Latinos*, Nro. 18, Vol. 10, Centro Regional de Estudios sobre Estados Unidos, Buenos Aires, Argentina, 2010; y ha publicado diversos artículos y capítulos de libros entre los que se destacan: “El Destino Manifiesto y la construcción de una nación continental”, en Fabio Nigra y Pablo Pozzi (comps.), *Invasiones Bárbaras en la Historia Contemporánea de los Estados Unidos*,”. “La descendencia ‘equivocada’: la comunidad japonesa de los Estados Unidos y los campos de detención durante la Segunda Guerra Mundial”, en *De Sur a Norte: Perspectivas Sudamericanas sobre Estados Unidos 17*, Vol. 9, 2008, Centro Regional de Estudios sobre Estados Unidos.